

ALFAGUARA



# Muertos de amor

Jorge Lanata

---

*Abajo aquí sus huesos sus fusiles  
Ese atadito de hombre  
No sé la tierra cómo hace que se aguanta  
Los que avanzan sobre ella son las mejores noticias  
Que nos llegan de ustedes  
Delen, muertos de amor  
Sostengan que nacemos.*

Alberto Szpunberg, *Egepé*

---

¿Realmente quieren saber lo que pasó? ¿A quién podría importarle lo que pasó? Hay algo dandy en las historias de perdedores; en estos tiempos en los que el éxito es una obligación moral, las historias de perdedores guardan la nobleza de las cosas usadas. Cuarenta años alcanzan para que hasta nosotros lo hayamos olvidado: las fechas se humedecen, y los detalles adquieren una importancia inusitada. Recuerdo que había ruido. Ruido todo el tiempo. Había tanto ruido... Cualquiera diría que la selva es un sitio silencioso: nada más equivocado, hay miles de pájaros, y grillos, y hojas, y bandadas que se levantan de pronto, como si salieran de una pesadilla, y oscurecen el cielo. Hasta las gotas de agua hacen ruido. El otro ruido insoportable es el de la respiración: a veces parecía poder escucharse a varios metros, la respiración, la saliva y los engranajes del cuello agarrotados. La Naturaleza no fue hecha para los hombres: lo único que se puede hacer en la selva es caminar. Caminar. Y esperar. Caminábamos por los pliegues de un útero asombroso y diverso, que nos protegía y asfixiaba con su calor. ¿Qué parte de toda esta historia es la que quieren saber? ¿La del Comandante, la de los muertos, la de las torturas o la prisión? Los momentos que ahora me-

Por el recuerdo son aquellos en los que no pasaba nada: recuerdo la espera. Cierro los ojos y estoy ahí, esperando, las gotas de sudor que buscan los surcos de la frente, el tiempo pastoso, el aire de esponja imposible de respirar. Estábamos ahí, esperando que la Historia nos tomara de la mano y nos llevara al Destino. Lo que tenía que pasar, pasaría. Podíamos dudar de todo, de todos, hasta de nosotros mismos, pero algo era seguro: una mañana (siempre, en mis sueños, era una mañana) empezaríamos el viaje sin retorno a la Libertad. Por eso el patíbulo, o la muerte, o la puta angustia eran incidentes menores. Habíamos sido elegidos por la Gloria, o el Pueblo, o las Buenas Intenciones. Por qué mierda me cuesta tanto ahora decir la palabra: Revolución, si era eso lo que íbamos a hacer, una Revolución, la Revolución, revolucionar, revolucionarios, eso éramos, hombres de la Revolución. Tal vez sea eso lo que quieran: que les hable de la Revolución que no pudimos hacer.

---

Pocho, Juan, El Primer Trabajador, Juan Domingo, El Jefe, El Macho, El General, El Hombre, Perónperón, Jorge nunca llamaba a Perón del mismo modo. A la Argentina sí: siempre le decía la Patria, nuestra Patria. Jorge era Segundo, pero en aquellos años todavía no se llamaba así. En aquel tiempo ni soñaba con ser Segundo, y su primer *nomme de guerre* fue, por cierto, un poco cursi: Jorge Amor.

“Solo en la ruta de mi destino”, cantaba Jorge Amor en el Club El Alba, de Avellaneda, “sin el amparo de tu mirar/ soy como un ave que en el camino/ rompió las cuerdas de su cantar”. Su padre era inspector municipal y su madre se llamaba María Esclavitud. Jorge, sus padres, sus dos hermanos, la abuela, dos tíos y una tía abuela con su marido e hijos vivían en una casona de Levalle 450, en Avellaneda. Jorge creía en Dios, aunque tal vez Dios no creyera en él: Jorge vio hacerse añicos el gran sueño de su vida, ser arquero de Racing.

—Acá no hay nada, ¿qué carajo buscás? —le preguntó Edgardo, su hermano, que se apoyaba en la hilera de cajones de la cocina.

—Nada, dejá... ¡En esta casa nunca se encuentra nada! —respondió Jorge, con desdén, saliendo hacia el patio.

—Tenés demasiado tango en la cabeza, hermanito... Te están haciendo mal... Jorge Amorrrr...

Jorge volvió del patio con un atado de diarios viejos y amagó tirarlos sobre la cabeza de su hermano.

—Tengo que hacer algo... —empezó a explicar mientras envolvía unos pliegos formando un tubo.

—Dejá, dejá, no es para tanto... —le dijo Edgardo, quien saltó de la silla con una mano protegiéndose el trasero.

—Sos boludo, ¿eh?

—¿Y qué hacés?

—Vení, vení...

Jorge lo llevó hasta el balcón:

—Tené, dame una mano —le dijo alcanzándole uno de los tubos de papel. Después buscó fósforos en su bolsillo y le prendió fuego a uno de los extremos: era una antorcha. Edgardo la balanceó para que el viento no la apagara y fue entonces cuando vio, a pocos metros de la casa, sobre Mitre, las columnas que caminaban hacia el Centro, lentas y grises como los elefantes.

—Lo van a liberar a Perón, hermano —le dijo Jorge, al tiempo que le arrancaba la antorcha para enarbolarla a modo de saludo.

—¡Viva Perón, carajo! —gritó a la turba silenciosa.

---

—¡Viva Perón! —se escuchó de aquel lado, como una contraseña obligada.

Perón, Pocho, Juan, El Primer Trabajador, Juan Domingo, El Jefe, El Macho...

—Macho, ¿qué macho? ¡Entregador hijo de puta, eso es! —gritó Jorge, dando un puñetazo contra la mesa.

Todos miraron hacia abajo, hasta que el silencio pudo despejarse.

—¿Qué le dijo la señora de von der Becke a la tía China, eh, qué le dijo? —preguntó Jorge, que sabía la respuesta de memoria.

Reinaldo recitó:

—Que sería humillante declarar la guerra a última hora y bajo presión norteamericana.

—Hu-mi-llan-te, ¿escuchás? ¡Humillante! Ése sí que tiene huevos, ¿ves? —acotó Jorge—. Y mirá que yo no me los banco mucho a los marinos, pero Teissaire ¿qué dijo? Que había que esperar, le quiso dar las largas. Hasta Teissaire.

El General se había bajado los pantalones con Rockefeller: Argentina, bajo presión, le declaraba al guerra al Eje. Hasta el General se había vendido.

Su paso por la Alianza Libertadora Nacionalista, germanófila en el mejor de los casos, nazi en la mayoría de su dirigencia, también fue breve y conflictivo: Jorge era católico, y nacionalista, y salió a cazar jóvenes comunistas por las calles del Centro pero no soportó el proyecto an-

tisemita de Guillermo Patricio Kelly. El mundo era entonces una eterna confusión: de haber sido químico, habría inventado una fórmula para que las ideas no se degradaran. Las personas ensucian las ideas. La vida —pensó Jorge alguna vez— es demasiado dinámica para ser perfecta, no persevera en su perfección, cambia otra, y otra vez, para alterarse siempre. Del futuro sólo podía esperarse la traición. Jorge empezó a escribir alrededor de los veinte años: la imaginación y la muerte eran los únicos terrenos inalterables. Nada podría corromperlos. La eternidad es perfecta, aunque esté compuesta de una infinita sucesión de instantes que se degradan.

“Nace la aurora resplandeciente  
Clara mañana, bello rosal  
Brilla la estrella, canta la fuente  
Ríe la vida, porque tú estás...”

Jorge Amor cantó desde entonces para sí mismo: dejó el colegio, comenzó a escribir y se transformó en periodista, mientras su yo nocturno se desvelaba en la escritura de extensos cuentos tristes. Uno de ellos se llamaba *Eternidad* y era la historia de un alma atormentada que, deseosa de abandonar su cuerpo, lleva a su dueño al suicidio.

“Creí que todo sería distinto —escribió—, que todo acabaría después del estampido. Que mis ojos dejarían de ver y mis oídos de oír y mi pecho de subir y bajar, subir y bajar. Y que este corazón mío ya no sentiría frío ni estaría oprimido.”

Jorge escribió otros cuentos en los que la Muerte se quedaba con la última palabra (y llegó a publicar algunos en el célebre rotograbado literario de *La Prensa*) y también una primera y única obra de teatro: *La noche se prolonga*, la historia de un peón rural traicionado por Perón, por el sindicalismo y por la Libertadora. ¿Y ahora qué hago? —se pregunta en voz alta el cabecita, cuando ya nada le queda y su mujer, embarazada, muere en una golphiza policial—. ¿Y ahora para dónde agarro?

Jorge tenía entonces veintinueve años, esposa, trabajo algo inestable y una modesta casa en Adrogué, “una vidita”, como él mismo se encargaba de decir, una vidita encantadora que cada tanto le oprimía el pecho, sin saber por qué. Muchas veces él mismo se había encontrado preguntándose para dónde agarrar. La cuarta, quinta, sexta vez que volvió a entrar en Radio El Mundo para preguntar por su proyecto lo hizo automáticamente, con la certeza de quien va a ser rechazado.

—El viaje a Cuba, ¿no? —le preguntó el empleado de administración.

Jorge sonrió amable, sin pronunciar palabra. El viejo ya sabía de memoria el asunto.

—Y necesitaba... —dijo el viejo revolviendo unas planillas—. Sesenta mil pesos, ¿no? Sesenta mil pesos...

—¿Tuvo alguna novedad? —le preguntó Jorge, molesto.

—Pase a buscar la plata el lunes, y por ahora firmeme acá y acá.

Jorge estaba a punto de irse, y tuvo que volver sobre sus pasos. Que sí. Le habían dicho que sí. Sesenta mil pesos era una pequeña fortuna. La radio se la estaba dando para que viajara a Cuba, a entrevistar a la guerrilla que tenía cercado a Batista.